

epónimo es la personalidad característica de una generación y su fecha de nacimiento es el punto de referencia para datarla. A una generación pertenecen los individuos nacidos entre los cinco años anteriores y los cinco años posteriores a la fecha de nacimiento del epónimo. Las generaciones, a su vez, se suceden en intervalos de quince años.

En un presente histórico conviven tres generaciones. La generación joven, que está empezando a abrirse paso en el medio profesional y que no encuentra las circunstancias del mundo a su gusto, ni tiene el poder de decisión para cambiarlas a su modo. La generación madura, que domina en el medio profesional y que vive sus propias circunstancias. La generación vieja que ha perdido su influencia en el medio profesional y que vive en un mundo pasado. Estas tres generaciones, que abarcan aproximadamente medio siglo, son contemporáneas, pero en sentido estricto sólo los miembros de una generación son coetáneos. Los individuos humanos pueden cambiar de sensibilidad y pasar a formar parte de la nueva generación.

Las generaciones humanas tienen su propia sensibilidad vital, que consiste en una determinada manera de apreciar y saborear la vida. Las elites de la generación imaginan nuevas formas de vivir, más acordes a sus gustos y deseos, y desarrollan proyectos masivos que van transformando a su medida el mundo de la vida. El sucederse de las generaciones explica el cambio en que consiste la historia, la sucesión y confrontación de civilizaciones, la evolución y el cambio de sus mundos históricos. Porque además de las generaciones continuistas, que viven del pasado y conservan su mundo, hay generaciones rupturistas, que rompen con el pasado y avanzan en la invención de un mundo nuevo.

1.2.3. La filosofía del conocimiento

Uno de los primeros elementos de su filosofía, que Ortega consiguió formular ya en *Meditaciones del Quijote* (1914) y en *Verdad y Perspectiva* (1916), fue su teoría perspectivista del conocimiento. La tesis fundamental del perspectivismo sostiene que el verdadero cognoscente es el yo viviente individual y por consiguiente que nuestra verdad coincide con su punto de vista histórico-cultural. El punto de vista sobreindividual y absoluto de la *noesis* del alma, o de la razón del sujeto pensante, aunque sea en la versión trascendental kantiana, son una quimera inalcanzable. Con esto se opone a la que, a su

juicio, ha sido la tesis básica de toda teoría del conocimiento hasta el presente: el punto de vista del individuo es falso. Porque “cada hombre tiene una misión de verdad” que, a través de su sociedad y de la cultura de su tiempo, le compromete con la humanidad.

El yo viviente no experimenta de la realidad otra cosa que sus “aspectos”. Estos aspectos son el referente último de nuestros conocimientos, tanto en la cotidianeidad, como en las ciencias. En el experimento de laboratorio, al manipular objetos según una estrategia teórica precisa, el científico también alcanza aspectos de las cosas, que son el referente último de sus modelos y de sus funciones.

La realidad son los aspectos que se ofrecen a la perspectiva del cognoscente individual y de ellos depende el conocimiento humano. Nuestros conceptos e ideas de las cosas resultan de las distintas maneras de experimentar y de integrar los aspectos de la perspectiva individual. Las ideas y conceptos de la Filosofía, del arte, de las ciencias, de la religión, etc., remiten a aspectos vitales que han sido experimentados e integrados por distintas vías.

Ortega no comparte la tesis positivista según la cual la verdad es un atributo exclusivo del conocimiento científico. En su curso *¿Qué es filosofía?*, distingue entre las verdades y las verdades descubiertas por el hombre. Las verdades en sí mismas son atemporales. Las verdades humanas, entre ellas también las científicas, son descubiertas por el hombre en un momento histórico concreto y tienen un alcance histórico determinado. El hombre no ha dicho, ni dirá nunca, mientras viva, su última palabra sobre la materia, ni sobre el arte, ni sobre el derecho, ni sobre Dios, etc., ni, en consecuencia, sobre la vida.

La verdad humana es ante todo un atributo general que corresponde a la vida y a su conocimiento del universo. La verdad es la perspectiva histórica sobre el universo que tiene la vida. Por eso, la visión del mundo de cualquier civilización, incluidas las prehistóricas, tiene sentido y verdad. Y esa verdad es histórica, relativa al tiempo, como lo son sus componentes, las distintas verdades de las ciencias, de la filosofía, de la moral y del derecho, de las artes, de la religión, etc.

Sin embargo, Ortega no acepta el relativismo cultural. Lejos de ser verdades inconmensurables, las culturas se pueden comparar y se puede establecer el nivel de desarrollo histórico de su verdad. Tan absurdo sería equiparar la verdad de la civilización técnica contemporánea con la verdad de una civilización animista primitiva, como negar a

esta toda verdad. La verdad alcanza distintos niveles históricos de desarrollo. El enriquecimiento histórico de la experiencia y del conocimiento humano, y, en consecuencia, de la verdad del hombre, es la raíz de que las culturas puedan estar a distinta altura histórica. Puede darse sin duda que civilizaciones superiores pierdan de vista aspectos, que fueron determinantes en otras civilizaciones anteriores, y que convendría recuperar. Pero la verdad es en último término la perspectiva histórica sobre el mundo de la civilización que está a la altura del tiempo.

1.2.4. La filosofía de la técnica

La técnica no es el aspecto vital más determinante en la filosofía de Ortega, que sin embargo atenderá de manera creciente este tema en su obra desde los años treinta por la peculiar encrucijada de la cultura occidental y por la habitual resonancia en ella de los temas de Heidegger. El filósofo español es plenamente consciente de que, tras el maquinismo, la actividad técnica ha alcanzado un nuevo estadio, en el que suplanta ampliamente a la naturaleza y se plantea a sí misma como “*base absoluta de sustentación*” del vivir humano. Así que la civilización occidental está entrando en la era de la técnica. En este contexto adelanta su *Meditación de la técnica* (1933), que insiste en la creciente necesidad de replantear las relaciones del hombre con la técnica.

Ortega se propone poner de manifiesto la dimensión alcanzada por la actividad técnica en la cultura contemporánea, para que la mentalidad técnica no vacíe la vida. La técnica es un complejo de actividades humanas, que reforman a la naturaleza para satisfacer las peculiares necesidades del hombre. El ser peculiar de la vida da de sí la actividad técnica, que es una función de aquella.

Ortega distingue entre la dependencia orgánica del animal y las necesidades del hombre. El curso de la vida de un hombre depende de los deseos y sentimientos, que componen su sensibilidad vital. La plasticidad de la sensibilidad humana da lugar a las distintas necesidades de la vida humana. Dado que los recursos del entorno natural no bastan con frecuencia para cumplimentar estas necesidades, el hombre se ve impulsado a reformar la naturaleza. La actividad técnica existe, desde que el hombre es hombre, supliendo las limitaciones del entorno natural para satisfacer las necesidades humanas.